

NUEVAS IDEAS POLITICAS DE LA EUROPA CENTRAL

No se puede hablar, ello es evidente, de nuevas ideas políticas; la mayoría, si no una totalidad, de ellas existen ya desde los tiempos clásicos; sería, pues, por ello más adecuado hablar no de nuevas ideas políticas, sino de nuevas aplicaciones de principios políticos clásicos a nuevas situaciones. Porque de hecho nos encontramos ante un cambio radical de todas las condiciones de vida, especialmente en una época como la nuestra, caracterizada no sólo por la terminación de un siglo, sino también por la finalización de un «ciclo» histórico más amplio en el tiempo.

El ciclo que acaba en la hora presente empezó en el Renacimiento y ha continuado (continuidad espiritual) desde entonces hasta ahora.

El Renacimiento rompió la unidad en cuanto al concepto del mundo existente en la Edad Media; en ella la Teología era el centro de los conocimientos humanos, agrupándose a su alrededor las Ciencias Naturales, la Filosofía, el Derecho y la Política; la unidad se rompe en primer lugar en lo que concierne a las Ciencias Naturales, las cuales, aceptando sólo lo palpable, lo que se puede medir, lo material en definitiva, consuman su independización del tronco común que era la Teología. La Filosofía, con la Ilustración, rompe después con el elemento trascendente común; a ella le sigue la Política, con la doctrina de Bodin, del absolutismo real; este absolutismo, esta idea política, «ya independizada», hace después necesaria la aparición de la Revolución francesa, conclusión inevitable de aquella ideología política nacida mucho antes. Después, el Derecho.

Nos encontramos, pues, a la entrada del siglo XIX y especialmente en el transcurso del mismo, con que la situación de la Teología es de aislamiento; el conocimiento de Dios puede concebirse como desterrado de la comunidad de las ciencias aceptadas; el concepto del mundo por su parte está atomizado, falto de una base común. Es por ello por lo que no podemos hablar de un siglo en términos estrictamente numéricos; no hay un siglo que comience el primer día del siglo, en sentido cronológico, y acabe con el último, sino que hay que tener presente además un sistema de pensamientos, de tal modo que en defi-

nitiva podemos decir que realmente el siglo XIX empieza en 1815 y no termina hasta 1945.

El positivismo jurídico, el abandono gradual de la idea del Derecho Natural como inspirador de todo sistema jurídico es una de las características de esta época. Desde el punto de vista económico, la característica nos la da la revolución industrial, de un lado, y el fin del orden agrario clásico, de otro; se pasa por un momento, el peor sin duda, en el que los Estados no tienen capacidad ni preparación suficiente con que afrontar un nuevo planteamiento de la vida social y económica, un momento, además, en el que la crisis del sentido cristiano, sentido de la solidaridad social y caridad, hace que la misma sociedad no esté tampoco preparada para enfrentarse con los problemas sociales que se le plantean; la consecuencia es la crisis social del XIX, con la aparición de las «clases», concepto basado en las diferencias económicas existentes entre los grupos humanos. Ello tiene una lógica e inevitable consecuencia en la vida política: el siglo XIX conoce la aparición de dos ideologías políticas fundamentales que expresan ambas las realidades del mismo: el manchesterianismo (aunque se denomina también liberalismo, término excesivamente amplio y por tanto ineficaz) y el marxismo, expresiones de la lucha de clases «desde arriba» y la lucha de clases «desde abajo», respectivamente. Entre ambas, fundamentalmente, no hay diferencias; las dos se basan en el pensamiento materialista, las dos tienen en cuenta únicamente la productividad y la producción, las dos, en definitiva, están íntimamente ligadas a la idea de la materia, hasta el punto que desplazan completamente al hombre del centro de las consideraciones políticas, sociales y económicas, reemplazándolo, bien por una idea de productividad o bien por una noción de sociedad que ya no tiene nada de humano. Todo este sistema, el ciclo y el siglo, se rompe con la aparición del siglo XX, que, por supuesto, tampoco se atiene a las referencias cronológicas estrictas, sino que en diferentes aspectos tiene diferentes fechas de referencia; la primera de ellas es la ideológica, respecto de la cual se podría decir que es una de esas admirables repeticiones que se producen en la Historia. El primer intento para recrear la imagen unitaria del mundo nos viene de las propias Ciencias Naturales, las cuales habían roto esa misma imagen a finales de la Edad Media. Una evolución que parte de 1899 con los primeros descubrimientos de M. Plank, expresando la teoría de «los cuanta», que pasa por los descubrimientos de Einstein, llegando a la ideología de Heisenberg, tiene como resultado que en nuestro tiempo encontremos a las Ciencias Naturales postulando la existencia de Dios y rompiendo, desde un punto de vista científico, el muro que había sido construido entre las Ciencias Naturales mismas y el concepto divino al empezar el ciclo que ahora termina.

Por otra parte, y desde el punto de vista jurídico, encontramos en la parte

más avanzada del siglo XX un cambio fundamental: los mejores espíritus jurídicos de la generación que tiene hoy de treinta a cuarenta años abandonan el positivismo, volviendo al concepto del Derecho Natural; y esta evolución, interesante es señalarlo, no se limita a determinadas zonas geográficas, sino que se implanta casi al mismo tiempo en todo el mundo; aparece en los Estados Unidos de América con el pensamiento de Russell Kirk y de Peter Stamlis, lo vemos en Alemania, en Italia, en Austria, en donde todos los pensadores vuelven al Derecho Natural; lo vemos también con el resurgir de grandes filósofos iusnaturalistas, como por ejemplo Edmond Burke. Un hecho muy simple: entre los libros que se venden en los aeropuertos he visto, en mi último viaje a los Estados Unidos, algunos de Edmond Burke, libros que desde hacía veinte o veinticinco años eran prácticamente desconocidos.

Por otra parte, desde 1945 asistimos a una nueva revolución técnico-económica; es lo que podemos llamar «segunda revolución técnica», que florece con el descubrimiento de la energía atómica y la automatización, con los productos sintéticos y hasta con los nuevos conceptos de la medicina, poniendo fin todo ello a las extraordinarias limitaciones bajo las que había existido la economía de los tiempos pasados. Hoy en teoría, y mañana en la práctica, acaban las tres grandes limitaciones de la vida económica: la limitación de los recursos y la energía, por virtud de la energía atómica; la limitación de materias primas por virtud de los productos sintéticos (pensemos, por ejemplo, en el desprecio de las dos grandes potencias vencedoras, Rusia y los Estados Unidos, en la última guerra mundial, por los productos de las regiones más ricas de los vencidos, contrariamente al objetivo de las guerras del siglo XIX, y su acercamiento por el contrario a los grandes técnicos alemanes), y la limitación de las fuerzas humanas, por virtud de la automatización; hoy la máquina, que en el siglo XIX sólo tenía una parcial función, complexiva de la fuerza humana, sustituye prácticamente en su totalidad a la fuerza del hombre, si bien hay que admitir que esa sustitución es más bien teórica que práctica, ya que en otros sectores de la economía se necesitan esas fuerzas mucho más que se necesitaban antes.

De hecho, esta extraordinaria evolución que empieza ahora de modo indiscutible demuestra todo el ridículo de las doctrinas neomalthusianistas, que todavía desarrollan sus tesis y su actividad, muchas de las veces protegidas por las organizaciones internacionales, incluso la ONU, hablándonos como en un tiempos lo hizo el viejo Malthus, de «la explosión de población» y de la posibilidad de que el género humano muera y desaparezca, víctima del hambre; la única diferencia entre éste y aquéllos es que hoy se utilizan «formularios» que se dicen científicos.

Podemos en definitiva decir, que es muy probable, si no cierto, que todas

las limitaciones han de desaparecer paulatinamente. No olvidemos una evolución como la que comenzó en la industria de Freeport (Tejas) en donde por primera vez aparece una planta industrial para, gracias a la energía nuclear, transformar el agua del mar en agua dulce, a precios todavía no industriales, pero que serán rebajados a esos límites en el término de seis años; no olvidemos cómo esta evolución puede transformar la fisonomía agrícola de un país y del mundo entero (se ha calculado, por ejemplo, que una vez hecho posible este fenómeno de transformación a precios industriales, la depresión de Quatas, en la frontera de Libia con Egipto, que hoy es totalmente desértica, sería capaz de producir grano suficiente para abastecer al mundo entero en sus necesidades del año 1960. Las posibilidades son, repetimos, ilimitadas).

Las consecuencias de este cambio fundamental en la economía inciden profundamente en la Sociología; desaparecen cada vez con más acentuación las clases sociales al estilo del siglo XIX, fundadas, ya lo hemos dicho, en lo económico; desaparece el obrero industrial y desaparece el viejo tipo de capitalista; en sustitución de ellos viene lo que podríamos llamar «nueva clase media industrial», grupo sociológico completamente nuevo; se ve ya en algunos lugares, concretamente en Inglaterra, cómo los partidos políticos se erigen en representantes de ese nuevo grupo, convencidos del poder extraordinario que su adhesión les habrá de reportar; hoy, por ejemplo, un partido como el conservador inglés, ha comprendido la futura supremacía del partido que represente a aquel grupo. El nuevo grupo trae consigo un cambio revolucionario en la estructuración social, cambio por otra parte demostrado ampliamente por los datos estadísticos: en el año 1937, es decir, el último anterior a la II Guerra Mundial, en la Europa libre (nos referimos a los países del Occidente del «telón de acero»), el 50 por 100 de la población total vivía del trabajo en fábricas y minas; en 1957, es decir, sólo veinte años después únicamente el 35 por 100 de esa misma población vive del trabajo manual; ello indica que hemos pasado, o mejor que estamos pasando por un extraordinario cambio revolucionario; otro ejemplo demostrativo lo ofrecen los sindicatos industriales de los Estados Unidos de América, que pierden rápidamente en número y en influencia, siendo reemplazados por las denominadas *craft unions*, o bien sindicatos de técnicos y expertos, los cuales, por el contrario, crecen rápidamente cada día en número de adheridos y en influencia política; este hecho puede igualmente observarse en todos los países industrializados del mundo.

Y este cambio en la estructura social conduce lógicamente a una variación y crisis del pensamiento político. Las dos grandes doctrinas del siglo XIX se encuentran hoy con esta muy seria crisis: el manchesterianismo está hoy prácticamente sin apoyo; lo que ahora se llama neoliberalismo, o bien la *Soziale*

markwirtschaft, en Alemania, no tiene mucho en común con las viejas ideas manchesterianas. El marxismo, por su parte, atraviesa también una grave crisis; estamos convencidos, ello es evidente, del inmenso poder de las fuerzas comunistas, de su influencia; pero, de hecho, esta influencia ideológica ya ha pasado por su punto más alto; todavía, es cierto, representa una fuerza material, una potencia militar extraordinaria, pero ya carece de aquella fuerza ideológica; su debilitación se manifiesta en la discordia palpable entre Pekín y Moscú, de una parte, y en las extremas dificultades que deben afrontar todos los partidos comunistas existentes hoy en el mundo libre; dato interesante a este respecto es que en el último congreso del partido comunista francés, celebrado en Ivry, el más grande experto en problemas de organización pronunció un discurso (larguísimo, como todos los de los comunistas) en el cual se aportaban observaciones del más alto interés; cuando en él se habla, por ejemplo, del problema del partido comunista francés para ganarse a la juventud, el experto apunta que ya no hay posibilidades de hacerlo desde el punto de vista ideológico; y cuando nos habla de la estructuración, desde el criterio de la edad, del partido en Francia, nos demuestra con sus afirmaciones que aquélla es lo más problemático que se puede imaginar, ya que el partido viene a formar desde este punto de vista una pirámide invertida, cuya base, la juventud, casi no existe, mientras que la cúspide es infinitamente amplia. Hoy se puede comprobar en Francia que son los viejos los que hacen y mantienen las huelgas y que la juventud no los sigue; además, hay otro hecho: hay mucha gente que habla de la posibilidad de recurrir a la violencia que tiene el comunismo; sin embargo, éste ha tenido para ello muchas posibilidades y no las ha utilizado, y no precisamente por virtudes o sabiduría y sensatez de sus dirigentes, sino por incapacidad simplemente: el factor edad priva al comunismo de las fuerzas revolucionarias que se necesitan para la utilización con ventaja de las situaciones propicias. Es un hecho hoy, dentro de los países occidentales en donde hay partidos comunistas: en las demostraciones públicas, en mítines, son hombres con el pelo blanco; o calvos, los que vienen a representarlos.

Esta crisis de las dos ideologías políticas del siglo XIX se aumenta por un hecho de notoria importancia: y es que hoy, en muchos países de Europa se está viviendo una época restaurativa típica, es decir, que desde 1945 se observa un esfuerzo de vencer nuevas ideas con formas viejas.

En Europa se han conocido varias de estas épocas restaurativas; después de las grandes guerras revolucionarias vemos a los vencedores hacer un esfuerzo por restablecer lo que existía antes en formas que habían desaparecido con la tormenta precedente; lo hemos visto, por ejemplo, al final de la guerra napoleónica, cuando la Santa Alianza hace un esfuerzo para restablecer el

Ancien Régime en Francia, tal y como estaba en sus formas pasadas, reforzándolo por medio de una alianza internacional; sabemos cómo esta situación política, a pesar de tener tras de sí a todas las potencias europeas, duró exactamente quince años, produciéndose en 1848 un movimiento general en el sentido de la ideología de la revolución. Después de la I Guerra Mundial los vencedores hacen un enorme esfuerzo en sentido semejante, imponiendo a los vencidos su mismo sistema político y apoyando este sistema con organizaciones internacionales tales como la Sociedad de las Naciones, la gran y la pequeña Ententes; el resultado duró quince años, pasados los cuales llega Hitler al poder en Alemania, pone fin al sistema de Versalles y empieza una nueva época revolucionaria contra las formas impuestas por los vencedores, sin aprender nada de la Historia. En 1945 vemos a las potencias vencedoras traer de nuevo a Europa occidental los viejos sistemas constitucionales, muchos de los antiguos partidos y en muchos casos a los mismos viejos políticos, reimponiéndolos y rodeándolos de nuevo con sistemas internacionales y pactos, tales como la ONU, e incluyendo en esos pactos el viejo principio de la Santa Alianza: el principio de la intervención (el ejército de la ONU en el Congo es, sin duda, un ejército de intervención internacional, tal y como lo fueron en su tiempo los de la Santa Alianza).

Este sistema restaurativo de imponer Constituciones del siglo XIX en realidades del XX, tiene unas lamentables consecuencias: porque es evidente que hoy día, en la mayoría de los países de Europa occidental, la diferencia de la realidad sociológica, técnica y económica y de la superestructura política es radical con respecto a la de los tiempos pasados; se ha producido, pues, una crisis, y esta crisis, esta tremenda tensión entre las formas políticas de una parte y las realidades económico-sociales de otra, nos conduce a otra crisis: la de la joven generación. Oímos hoy en toda la Europa occidental una crítica acusándola de desinterés por la vida política; se dice que la juventud no tiene valores espirituales, que no tiene interés por la cosa pública. Sin embargo no son justificadas estas imputaciones; es un hecho que la juventud tiene quizás hoy un mayor sentido realista que el de la vieja generación; es un hecho también que las actuales formas políticas se basan en formas superadas y que por esa razón no interesa a los jóvenes entrar en ellas, de cuya inutilidad e ineficacia para servir al bien público están convencidos; todo lo contrario les sucede con respecto a fórmulas políticas de porvenir; lo vemos en la realidad: cuando, por ejemplo, problemas reales, auténticos, como el de la integración europea son planteados, hay una juventud que se interesa muy vivamente por ellos; y es que, en definitiva, no se puede forzar a esta juventud a que entren en ciertos partidos políticos, envejecidos, con programas del siglo XIX en vigor, desconectados, pues, con las necesidades de nuestra época.

Al enfrentarnos con estas nuevas realidades es cuando podemos observar los nuevos movimientos políticos, las nuevas fuerzas que aparecen, que están apareciendo por medio de la juventud, especialmente en la universitaria. Estos movimientos todavía no tienen nombre; en algún sitio se le ha llamado «neo-conservadurismo», como lo han expresado, por ejemplo, Kirk y Chainowicz en sus escritos; sin embargo, la denominación no corresponde a la realidad que aquéllos representan.

El problema actual, núcleo de la nueva tendencia es el de querer dar al Estado una función fundamentalmente distinta de la que hasta ahora tenía. Hasta ahora esa función era análoga a la de arbitraje, si la comparamos con la extensa función de planeamiento que debe tener en la fase de revolución técnico-social en que vivimos. Son tres los problemas que un planteamiento político plantea con urgencia en la actualidad: el primero es el de encontrar una nueva fórmula para limitar el poder; en los siglos anteriores el poder tenía limitaciones materiales: el poder del más grande estaba limitado por el hecho de no tener a su disposición una fuerza ilimitada para imponerse a los demás; hoy, con el desencadenamiento de la energía atómica como arma, al menos en teoría, un hombre tiene la posibilidad de destrozarse la humanidad entera; es decir, que desde cierto punto de vista, el hombre hoy ha adquirido la condición de todopoderoso en lo negativo; ello plantea para todas las formas políticas del porvenir esa cuestión que hemos dicho antes de la limitación de ese poder, de modo que se consiga que ese poder no crezca de tal forma que pueda ser peligroso para la humanidad.

El segundo problema de aquella trilogía es el que viene dado con lo que podemos llamar «Cuestión del neofeudalismo». Las clases del siglo XIX han desaparecido; para reemplazarlas ha aparecido, ello es indiscutible, una nueva tipología de castas políticas. En el siglo XIX el control de industrias y bancos, daba un extraordinario poder; hoy, por el contrario, es el control político el que tiene una fuerza decisiva; es esto lo que Milován Djilas, en su libro-crítica del comunismo yugoslavo y soviético, denomina el fenómeno de la «nueva clase», su realidad es indiscutible en el Este de Europa; podemos proponer un ejemplo que nos lo confirma: en la Unión Soviética, según una estadística reciente, la enseñanza superior, privilegio máximo otorgado por el gobierno, es recibida por un 56 por 100 de alumnos, cuyos padres son altos funcionarios del partido, la política o la administración; ello significa que un grupo social que supone un poco menos del 1 por 100 de la población total, ocupa para sí el 56 por 100 de los puestos en la educación superior; la posición de privilegio de esta «casta» («casta» más que «clase»), es extraordinaria y evidente; decimos «casta» en vez de «clase»; su existencia es tanto más peligrosa, pues la «casta» se defiende mejor que la «clase» del natural fenóme-

no de ósmosis en una sociedad en el que el poder es un poder de riqueza y economía.

El último problema esencial planteado es el referente al mantenimiento de la independencia y libertad del hombre en medio del mundo de las invenciones extraordinarias que caracteriza a nuestro tiempo; es decir, el mantenimiento de la dignidad humana frente al cambio radical en la estructura técnica.

Es con éstos con los problemas que hay que contar cuando se plantea la cuestión de cómo realizar prácticamente en lo político, en lo social y en lo económico un cambio en el Estado, para que se corresponda con las nuevas necesidades; ellos hacen que en lo político, la idea del estado judicial gane terreno.

En siglos pasados estaba justificada la teoría de los tres poderes existentes dentro del Estado: ejecutivo, legislativo y judicial; se admitía la posibilidad de mantenimiento del equilibrio entre ellos, asegurando así una cierta independencia al individuo; sin embargo, este equilibrio sólo en teoría existía plenamente: en las democracias predominaba el legislativo; en las dictaduras o regímenes más o menos autoritarios, el ejecutivo; en casi ninguna hipótesis había predominio del poder judicial. Hoy se observa cómo de estos tres poderes, dos, el ejecutivo y el legislativo, tienen la facultad de dar órdenes, es decir, de ejercer el poder; por su parte el poder judicial cumple con una función protectora del individuo contra aquellos otros. Es por ello por lo que, en nuestra época, en la que el problema político central es la limitación del poder, aparece como necesario el establecimiento de un sistema basado sobre el Derecho, un Estado jurídico, un Estado en el que la potencia jurídica esté en primer lugar; y la posición de que hablamos está ganando terreno de una forma extraordinaria en todos los países. Es interesante observar cómo políticos, como el joven René Marcic, en Austria; como Bruno Leoni, en Italia, como otros en Alemania, independientemente entre sí, llegan a esta misma conclusión; conclusión que cada año aparece publicada en un elevado número de publicaciones dedicadas al problema en cuestión; es del mismo modo esperanzador ver cómo esa teoría gana diariamente terreno entre las personas que tienen una verdadera inquietud por esa problemática política de nuestro tiempo. Y este sistema necesita, claro está, una idea diferente de Constitución; las Constituciones del XIX se caracterizaban por no ocuparse de gran cantidad de problemas, ocupándose también muy poco de lo fundamental, es decir: del contenido de la función del Estado y los derechos de los ciudadanos; eran de hecho éstas, unas colecciones de leyes ejecutivas, pero no fundamentales. Hoy, las Constituciones vuelven a ser lo que desde el principio debieron: Códigos de principios del Estado y no colección de leyes ejecutivas. Además, y en este mismo sentido, el problema de las Corporaciones

se plantea hoy. No es, sin embargo, demasiado popular este tema en la mayoría de los países de Europa occidental; no obstante, el corporativismo, bajo forma de democracia parlamentaria (se podría, pues, decir que en su peor formulación), está gobernando o siendo sistema de gobierno dentro de los países citados, puesto que los partidos políticos ya no lo son en el sentido del siglo XIX, habiéndose convertido en grupo de presión de grandes organizaciones e intereses corporativos. El peligro de esta organización radica en que, hoy, intereses corporativos entren directamente en los asuntos políticos, a pesar de que, de hecho, el corporativismo para encontrar su justificación, si es que la tiene en la vida política, necesita ocuparse de los problemas y preocupaciones sociales y económicas de la comunidad y no tanto de los problemas políticos de la misma. De este modo se pueden encontrar en gran número de países de la Europa central a gran número de jóvenes que hablan de la idea de un renacimiento del Senado, claro está que no de un Senado como se conoció antes, sino de una forma nueva, que verdaderamente represente las realidades económicas, sociales y culturales de la nación.

Es un hecho indiscutible que los partidos políticos, tal como los hemos conocido han perdido su realidad y su verdadera finalidad. Hoy la mayoría de los que tienen fuerza en los distintos países no tienen un contenido programático. Véanse los países de Europa central: de hecho sus partidos políticos han desaparecido; tomemos uno tan influyente como el CDU en Alemania: realmente se reduce a ser un séquito personal de algunas de las más calificadas personalidades de la vida alemana, pero evidentemente que no es un partido político en el sentido del siglo XIX; el mismo hecho lo encontramos en Austria con los dos partidos, el socialista y el popular, que prácticamente no tienen siquiera un programa político, estando, sin embargo, en vigor la representación de los diversos intereses económicos.

En lo social, el problema fundamental es la defensa de la libertad del individuo; por eso la nueva riqueza que surge gracias a las invenciones técnicas puede ser un decisivo factor de libertad lo mismo que puede serlo de esclavitud. Si esta riqueza cae bajo un completo control de las comunidades burocráticas, será utilizada para disminuir día por día la independencia del individuo, para hacer que existan dos comunidades en el Estado: la gobernante de los burócratas y una comunidad que viva a un alto nivel de vida, pero que dependa en todo de la buena voluntad de los dirigentes.

Es contra ello contra lo que se dirige el generalizado intento de la máxima distribución de la riqueza. El problema era bastante fácil en la época agrícola, cuando se sabía lo que se podía distribuir; hoy, con los intereses industriales no se puede hacer lo mismo; no obstante, ya es posible observar en Alemania y Austria fórmulas como la del accionariado popular y participaciones popu-

lares, que van dirigidas con esa intención, en lo que se refiere a la situación de las industrias; fórmulas aquellas que han tenido un gran éxito, según se puede observar a través de su evolución en un plazo de dos o tres años.

El problema principal en este sentido sigue radicado en el sector agrícola; este problema se está planteando de un modo muy semejante en toda la Europa central (ello se puede comprobar constatando las discusiones en torno al mismo dentro de la asociación del Mercado Común Europeo), lo cual en definitiva es comprensible, puesto que la importancia relativa de la agricultura con respecto a la renta nacional ha disminuído notablemente en los últimos años. Es decir: hoy la agricultura no supone mucho más del 10 por 100 de la renta nacional total. A pesar de lo cual, en algunos países llega a haber un 20 ó incluso un 28 por 100 de población cuya actividad es agrícola. La conclusión es observar que el nivel de vida de la agricultura es hoy necesariamente más bajo que el de la población industrial y que prácticamente que el de cualquier grupo social; ello nos lleva a apreciar que el obrero técnico, aquella nueva clase media a la que nos habíamos referido, es ya una clase muy elevada, de grandes recursos. Todo esto nos está planteando un problema nuevo, que la política occidental frente a la Unión Soviética no parece comprender; muchas veces hoy los occidentales continúan en su esfuerzo por realizar un movimiento obrero derrocador del comunismo olvidando, sin embargo, un hecho tan evidente como es la imposibilidad actual de un movimiento o revolución obrera.

Porque las revoluciones obreras son fenómenos del pasado; en los últimos cuarenta años no ha habido ninguna revolución de ese tipo que tenga una significación positiva; en cambio, todos los movimientos revolucionarios de consideración han venido de parte de las ideas nacionalistas, típicas de la clase media, o bien han aparecido por virtud de la acción de las masas agrícolas. Es, pues, un hecho que la típica revolución del siglo XIX no puede volver a repetirse; ya no tiene el dinamismo y la fuerza que tuvo en su tiempo; ello se observa claro en la evidente pérdida de vitalidad de los partidos comunistas occidentales.

El problema de la agricultura, del que tratamos, no se resolverá, sin embargo, con los esfuerzos hechos hoy a base de subsidios o ayudas que sólo se justifican como medidas de transitoriedad; la verdadera solución (a cuyo conocimiento llega hoy todo el mundo, por lo menos en la Europa central) está en mantener a la agricultura misma en régimen de absoluta descentralización; repartir, pues, lo más posible la riqueza nacional, cosa por otra parte absolutamente posible hoy, gracias a los nuevos recursos y nuevas posibilidades existentes, para de este modo hacer posible el que al lado del trabajo industrial, los hijos más jóvenes de las familias agrícolas puedan mantenerse en

su casa, lo cual resolverá, dicho sea de paso, gran parte del problema de la vivienda, problema que continúa revistiendo trágicos caracteres en toda la Europa central.

Otro problema con el que hay que contar, el tercero de esa nuestra enumeración del principio, es el provocado por la automatización y su influencia sobre el paro obrero. Hay muchas opiniones que en la actualidad siguen manteniendo la tesis de la peligrosidad de la automatización, en atención al posterior desencadenamiento del paro obrero; es cierto que ello ha tenido lugar en algunos sitios de modo incontestable (Austria, por ejemplo), pero si se estudia la situación económica general se llega a la conclusión de que hoy el problema planteado precisamente por esa automatización no sería el del paro sino el de la insuficiencia de fuerzas, ya que un lugar de trabajo que se pierde en un sector de la economía gracias a la automatización, produce en otro sector de ese mismo complejo económico más de un nuevo puesto de trabajo, claro está que de distinta naturaleza, de tal manera que es prácticamente imposible la aparición de aquel riesgo y, por el contrario, cierto el problema de cubrir estos nuevos sitios. Todo ello lleva como consecuencia lógica cambios considerables en la legislación social de los países, basada hoy en el seguro contra el paro obrero, el cual (caso de Alemania, Austria o Suiza) ya no se justifica satisfactoriamente; y es que en realidad el seguro se hace necesario si antes existe un real y serio problema, pero deja de ser justificable cuando el peligro que viene a cubrir ha desaparecido de la realidad, tal como está ocurriendo en Alemania, en donde existen hoy extraordinarios recursos destinados a la lucha contra el paro, recursos que son obtenidos a base de aportaciones de las empresas y trabajadores, recursos que, sin embargo, no se sabe el método de cómo utilizarlos, puesto que es una realidad comprobable que el fenómeno del paro no se plantea hoy día; todo ello produce por parte de los jóvenes, los sindicatos y en general las fuerzas económicas de centroeuropeos, esfuerzos muy considerables encaminados a la abolición de las instituciones dedicadas al problema de paro; así, la nueva legislación actúa como si jamás fenómenos de esta índole fueran a producirse; caso de que esto ocurriera, es evidente que sería atendido, pero ya con consideración de riesgo catastrófico y, por tanto, excepcional, por medio de ayudas que podían ser obtenidas del presupuesto general y que oscilarían con la importancia de los hechos causantes.

Finalmente, en el campo de la problemática económica, observemos cómo es indiscutible la interdependencia entre los diversos sectores de la economía, y especialmente entre todos los individuos en el campo económico; ello plantea nuevamente el problema de la planificación económica de un país. Hay muchas y diversas reacciones cuando se habla de planificación, pues hemos co-

nocido formas de ella que han venido en su ejecución a suprimir la libertad, planificaciones en definitiva limitativas de la actividad individual.

Hoy, sin embargo, se observa una concepción distinta de lo que sea planificación; hoy se trata de planificación coordinada con la libertad, de la cual es interesantísimo ejemplo el plan económico francés que acaba de ser publicado; ello nos puede aportar enseñanzas para el futuro de las economías nacionales europeas.

Todos estos pensamientos políticos son los que en la actualidad hacen surgir la inquietud intelectual existente en el centro de Europa; esa inquietud social que existe en la joven generación del centro del continente, es decir: la zona más próxima a las fuerzas del Este. Pero por encima de estas ideas de política de economía o sociales, el factor dinámico más importante radica en el sentimiento europeísta; el sentido nacional al estilo del siglo XIX, desaparece rápidamente en estos países a los que nos referimos, como son Alemania, Austria, Italia, etc., y está siendo reemplazado por el sentimiento de patriotismo europeo, sentido fuertemente por la joven generación y que, sin embargo, la generación de más de cuarenta años tiene suma dificultad en comprender.

Un diputado francés, con quien me une determinada amistad, M. Christian de la Malene, me contó algo que pasó a primeros de este año y que me parece altamente significativo acerca del pensamiento de esta nueva generación: él es diputado de una zona del Este de Francia, donde todavía el sentimiento nacionalista está muy arraigado; al principio de 1961 hubo un acuerdo entre los países del Mercado Común, por virtud del cual cada súbdito de un país miembro tendría derecho a comprar, sin ninguna limitación, tierras, a residir y ejercer cualquier profesión; inmediatamente después de acordado, llegó una familia de refugiados del Este a una de las pequeñas ciudades de la región de donde es diputado; los refugiados, que habían vivido quince años a base de trabajos industriales, pero que en absoluto habían olvidado su interés por la agricultura, compraron la mejor tierra del pueblecito en que vivían; el diputado llegó allí pocos días después de esto para procurar ponerse en contacto con sus electores; inmediatamente después de su llegada un grupo de agricultores de la ciudad le interpelaron diciéndole que era imposible aceptar el que las mejores tierras francesas estuvieran en manos de alemanes; decían haber luchado en dos guerras contra ellos y que no era para ellos aceptable esa situación; le pedían que él, como diputado, hiciera todo lo posible para que este estado de cosas no siguiese adelante, por lo menos en la región a que él representaba; sin embargo, horas después, otro grupo de agricultores del mismo pueblo, pero jóvenes, le visitó para decirle que tenían noticias de la visita que le habían hecho sus padres en contra de la posibilidad acordada

de que los alemanes pudieran comprar tierras en Francia; «queremos comunicarle, le dijeron, que nosotros, la juventud de esta región, que gozará del derecho de voto cuando falten nuestros padres, dejará de votarle si se hace algo contra estos alemanes, porque nosotros —añadieron— no somos nacionalistas, sino europeístas».

Esto, que sucede en un pueblo francés, situado en una región donde el sentimiento nacionalista ha sido siempre muy fuerte, nos puede claramente demostrar la solidez y carácter definitivo del sentimiento europeo.

Durante la última campaña electora alemana en el mes de septiembre último, tuve ocasión de asistir a varios «mitines» celebrados por los diversos partidos políticos; siempre encontré entre los jóvenes asistentes un acentuado interés cuando el candidato hablaba de la integración europea, interés que decaía evidentemente cuando el orador pasaba al estudio de esos que se denominan «asuntos políticos».

Y esta comprensión de la efectiva necesidad de la realidad europea es mucho más decisiva hoy de lo que lo era en la generación de la Edad Media, porque además de este sentimiento europeo, la juventud, la joven generación, va más allá, previniendo por encima de su sentido europeísta, que esta unión puede ser sólo una etapa, si bien que básica, para más avanzadas soluciones. La idea, por ejemplo, de la Comunidad Atlántica, del Triángulo Atlántico hace progreso; es, por ejemplo, significativo que en los países en los que, como en Alemania o Austria, ha habido en los últimos tiempos poco contacto con Iberoamérica, hoy el interés por ella haya crecido de una manera rapidísima, y ello no sólo en las ciudades, sino incluso en los pequeños pueblos de los que siempre se ha dicho que están atrasados; en definitiva, pues, hay que darse cuenta de que esta generación no sólo ha superado el nacionalismo de la precedente sino que hoy ya está llegando al convencimiento de que se necesita un paso adelante y que hay que marchar hacia comunidades que se correspondan con las necesidades de la tremenda evolución en que vivimos.

Creo que este interés más amplio de la generación joven es quizás el más interesante fenómeno de nuestra época; puede ser incluso un fenómeno decisivo, puesto que con la crisis en la que se encuentra el movimiento comunista mundial, esa visible crisis del bloque comunista, debemos ya pensar en soluciones para más adelante; no debemos concentrarnos sólo sobre el peligro de la hora presente, sino pensar en soluciones para mañana, soluciones que serán necesarias para reemplazar el orden pasado, que dió origen a esos enormes problemas, tales como el comunismo mundial; ese orden debe ser sustituido por algo que pueda asegurar al mundo dentro de la evolución extraordinaria en que vivimos, una era de paz y progreso espiritual. Porque, además de estos nuevos pensamientos políticos podemos ya observar cómo la vuelta

a la idea de la unidad del conocimiento está conduciendo también a una renovación del sentimiento religioso; de tal modo que tanto desde el punto de vista moral y religioso como desde el político, parece ser que no hay razón alguna para que seamos pesimistas; debemos vencer nuestro pesimismo, frecuente todavía entre nosotros, y debemos comprender las extraordinarias posibilidades que se nos brindan para realizar una labor constructiva, la cual puede ser la iniciación de un ciclo que puede ser en definitiva la más grande bendición para la humanidad.

OTTO DE HABSBURGO

R É S U M É

La majorité des idées politiques existent déjà depuis les temps classiques, et on doit donc parler plus que de nouvelles idées politiques, de nouvelles applications des principes politiques classiques à des situations nouvelles. Nous trouvons un changement radical de toutes les conditions de vie et notre époque est caractérisée par le fait de servir de point final à un "cycle" historique. Un cycle qui commença avec la Renaissance et qui a réellement terminé en 1945.

Depuis 1945 nous assistons à une nouvelle révolution technique et économique; qui compte avec la découverte de l'énergie atomique et l'automatisme, avec les produits synthétiques et avec les nouveaux concepts de la médecine. Ce changement fondamental dans l'économie se reflète profondément dans la Sociologie, les classes sociales du style du XIX^e siècle disparaissent peu à peu et une "nouvelle classe moyenne industrielle" apparaît. Et ces changements conduisent logiquement à une variation et à une crise de la pensée politique; les deux grandes doctrines du siècle antérieur: le manchesterianisme et le marxisme se trouvent aujourd'hui en crise sérieuse, crise augmentée par le fait que de nombreux pays de l'Europe vivent une époque de restauration. De même qu'à d'autres époques de restauration après les grandes guerres révolutionnaires, on a tendance à vaincre les nouvelles idées avec des formes anciennes. Ce système a toujours des conséquences lamentables car les différences entre les réalités sociologiques, techniques et économiques actuelles et celles de temps passés sont radicales.

En faisant face à ces réalités nouvelles on peut observer les nouveaux mouvements politiques, les nouvelles faces qui apparaissent. Le problème actuel, nœud de la nouvelle tendance est de vouloir donner à l'Etat une fonction fondamentalement différente à celle qu'il avait jusqu'à maintenant.

Les problèmes qui se présentent sont trois: trouver une nouvelle formule pour limiter le pouvoir, le danger représenté par l'apparition de ce que nous pouvons appeler le "neofeodalisme", et réussir à maintenir la dignité humaine devant le changement radical dans la structure technique. Ces problèmes font que dans le domaine politique l'idée de l'état judiciaire gagne du terrain. L'établissement d'un système basé sur le droit devient nécessaire. Le problème de l'agriculture ne sera pas résolu, par une série de mesures transitoires mais en le soumettant à un régime de décentralisation totale. L'automatisation, et son influence sur le chômage demandent des changements considérables dans la législation sociale. L'interdépendance entre les divers secteurs de l'économie pose à nouveau le problème de la planification économique et à côté de ces idées politiques, économiques et sociales le sens national dans le style du XIX^e siècle est entraîné de disparaître dans la nouvelle génération et est entraîné d'être remplacé par le sentiment de patriotisme européen. La nouvelle génération voit que cette union peut devenir une étape pour des solutions plus avancées. Peut-être que ce phénomène soit le plus intéressant de notre époque car face à la crise du bloc communiste il nous faut penser à de nouvelles solutions pour l'avenir.

S U M M A R Y

The majority of political ideas date back from the classic ages and one should therefore refer to new applications of classical political principles to new situations rather than to new political ideas. We find a radical change of all the conditions of life and our age is characterized as forming the end of a historical "cycle". A cycle than began with the Renaissance and actually ended in 1945.

From 1945 onwards there is a new technical-economical revolution, which flourishes with the discovery of atomic energy, automation, synthetic products and the new achievements in medicine. This fundamental change in the economy strongly affects sociology. The social classes of the XIXth Century are tending more and more to disappear, giving way to a new "industrial middle class". These changes bring us logically to a variation and crisis of political thinking: the two strong doctrines of the past century, namely Manchesterianism and Marxism, are today undergoing a serious crisis, which emphasizes the fact that many European countries are living in an age of restoration. As in other restoration times after great revolutionary wars, new ideas taking old forms tend to triumph. This system always has lamen-

table consequences because the differences of sociological, technical and economical reality are radical with respect to that of past times.

When faced with these new realities one can appreciate the new political movements and new forces appearing. The present day problem, centre of the new tendency, is that of wanting to give to the State a function that is fundamentally different to what it has had up until now.

Three problems come into the fore: to find a new formula in order to limit power; the danger implied by the appearance of what we could call "neofeudalism"; and to try and maintain human dignity in the face of the radical change in the technical structure. These problems all the idea of a judicial state to gain ground in politics. The establishment of a system based on law becomes a necessity. The agricultural problem will never be solved by a series of transitory aids, but by maintaining it under a regime of absolute decentralization. Automation and the influence this may have on unemployed people also requires considerable changes in social legislation. The interdependence among the different sectors of economy bring forward the old problem of economic planning. And above all these political, economic and social ideas the national feeling of the XIXth Century is disappearing in the new generation and is being substituted by a feeling of European patriotism. This new generation realizes that this union may be a step to new more advanced solutions. Perhaps this is the most interesting phenomenon of our time because we must now think of new solutions concerning the crisis of the Communist block for the future.